



FOTO: MEL

El Escorial, curiosamente tres lugares íntimamente ligados al hecho arquitectónico.

En estas circunstancias era inevitable que dotara a su gran obra de esa singular atmósfera misteriosa.

Por otro lado, como dije antes, Salvador Dalí poseía una portentosa capacidad de observación. Mientras todos los demás tan sólo miramos, él sabía y podía ver. Veía cosas que quedaban ocultas para el resto, tenía acceso a un segundo mundo enmascarado que quedaba reflejado en un trabajo también enmascarado, en unas estructuras de dobles imágenes, de imágenes equívocas.

Esta capacidad de observación, junto con la atracción por el misterio hizo que saltara una chispa: la creación de los enigmas.

El enigma, cuya resolución es un reto, una propuesta velada al espectador: «Mira bien, detrás de lo que se ve tiene que haber algo más, debes descifrar el enigma».

De esta forma, el visitante que acepta el reto se encuentra inmerso en un mar de imágenes sorprendentes y emotivas que no comprenderá hasta que haya resuelto este juego enigmático que le propone su creador y que le conducirán hasta el conocimiento total de su personalidad, vida y obra.

En este sentido, como dice Ignacio Gómez de Liaño en su libro, El Teatro-Museo se asemeja al Teatro de la Memoria de Giulio Camillo y explica que al decirle Zuichemius a Erasmo lo que es este teatro, lo hace así:

«...pretende (Giulio Camillo) que todas las cosas que la mente humana puede concebir y que no podemos ver con los

ojos corporales, podemos expresarlas con determinados signos materiales, de tal suerte que el espectador puede percibir con sus ojos todo lo que de otra manera quedaría escondido en las profundidades de la mente humana».

Así pues, la persona que quiera disfrutar en el Teatro-Museo Dalí, que quiera comprenderlo, que quiera amarlo, deberá resolver estos continuos enigmas que su creador le propone y que no son más que datos e informaciones para acercarse más a la realidad del mágico arquitecto. Para ello se debe partir de la base de que todo tiene un porqué, de que no hay nada casual en la concepción daliniana y que todo está allí en cada piedra, en cada montaje, en cada pintura.

A partir de aquí, y al comenzar la visita al Teatro-Museo comienzan a aparecer los enigmas:

«¿Porqué el suelo de la plaza tiene una distribución radial? ¿Porqué nos recibe un buzo a nuestra llegada?

¿Tiene algo que ver con el abismo insondable del pecho del personaje del Telón del Laberinto en el escenario?

¿Cómo fue pensado el monumento surrealista del patio?».

Si sus diferentes componentes fueron llegando separados desde el año 1974 (Ernst Fuchs regala a Dalí la reina Esther) hasta casi el día de hoy, ¿se concibió íntegramente al principio o lo fue posteriormente en una elaboración progresiva?

Repeticiones de imágenes del Angelus de Millet, decoraciones de sacos negros repletos de quien sabe qué materia, bustos de Velázquez con las Meninas en la frente, lavabos que forman un coro angelico, cordones que como hilos de Ariadna unen la imagen de Quevedo

con una placa de circuitos integrados, maravillosos bustos de Giardardn soportando el peso del esclavo de Miguel Angel, un paraguas que se abre 18 veces y después se para, orgullosas cabezas de rinoceronte, cientos, miles de enigmas formando un conjunto a la vez alegre y melancólico que difícilmente se podrá olvidar y que nos cautivará al instante.

Así pues, Dalí se nos presenta como el más increíble de los arquitectos ya que no sólo es capaz de diseñar elementos y conjuntos convencionales mezclados con sus dibujos o pinturas (Estudio para retrato geodésico de Gala o Mi Mujer desnuda contemplando su propio cuerpo transformándose en escalones, tres vértebras de una columna, cielo y arquitectura), interiores misteriosos (proyecto de interpretación para un establo-biblioteca), estudios geométricos (Estudio de los centros de aire y las morfologías blandas de la Leda Atómica), arquitecturas delirantes (arquitectura surrealista o El Angelus Arquitectónico de Millet), ruinas inquietantes (Ruinas con la cabeza de Medusa y paisaje) y tantas y tantas otras, pero sobre todo, porque es capaz de crear un templo a los enigmas, un lugar donde el premio a la resolución del enigma propuesto, es el encontrarse pleno de inquietud, magia y misterio.

He tenido la suerte de poder trabajar a las órdenes de este genial Arquitecto a lo largo de 16 años, y recuerdo esta etapa de mi vida profesional como la más hermosa y excitante:

En este sentido, agradezco a Robert Descharnes la dedicatoria que me hizo en su libro por lo que de elogio supone no a mi persona sino a nuestra querida y hermosa profesión:

«Au plus fidèle "artisan" du Teatro-Museo Dalí, Pedro Aldámiz, Chef-esthète pour la panification du visage de la Torre Galatea»

Desearía que todos los futuros visitantes del Teatro-Museo llegaran a él deseando introducirse en los más recónditos secretos del mismo, rindiendo un póstumo homenaje a su creador, El Arquitecto de todos los Enigmas.

PEDRO ALDÁMIZ ECHEVARRIA

Aparellador
Tècnic del Teatre Museu Dalí